



## ISLAMOFOBIA, ANTIRACISMO Y PENSAMIENTO POLÍTICAMENTE CORRECTO

**Santiago Alba Rico**

Definamos rápidamente la “islamofobia” como el resultado de una doble operación ideológica. La primera consiste en constituir un objeto de conocimiento manejable y adverso: el Islam con mayúsculas concebido como una unidad al mismo tiempo negativa e inasimilable que “hablaría” con una sola voz y dictaría a 1.500 millones de seres humanos, repartidos por todo el planeta, una conducta incompatible con “nuestros” valores occidentales. Negar al islam la variedad de cultos y culturas que sin embargo reconocemos al cristianismo, y absorber en una especie de bola sin fisuras sus complejíssimas diferencias doctrinales y geográficas, sería sólo una banal expresión de etnocentrismo europeo si no fuese porque afecta a 21 millones de europeos que son al mismo tiempo musulmanes y forman parte de nuestras sociedades.

La segunda operación, una vez constituido ese falso objeto de conocimiento, es la de reunir en él, uno por uno, a todos aquellos individuos que, de manera un poco arbitraria, se “reconoce” como musulmanes. ¿Cómo los “reconocemos”? Esta segunda operación implica una racialización del otro, cuya diferencia -como en el caso del racismo o del machismo- aparece visible e “incrustada” en el cuerpo, donde no podemos modificarla. Pensemos en los “indicadores de radicalización” con los que se instruye a los policías franceses: barba larga sin bigote, cabeza rapada, vestimenta musulmana, piernas cubiertas hasta el tobillo, rechazo del tatuaje y -porque hay una “forma musulmana” de hacer dieta- “pérdida de peso asociada a ayunos frecuentes”. Podemos, pues, reconocer de un vistazo a los “musulmanes”, aunque sólo después de haber establecido lazos arbitrarios entre signos empíricos y ese Islam mayúsculo descrito de forma negativa y amenazadora. El caso de la “vestimenta musulmana” es ejemplar. Hay muchas musulmanas, por ejemplo, que llevan velo, pero no todas las que llevan velo son musulmanas y hay, además, mil formas distintas de ser “una musulmana con velo”. La ecuación velo/islam, allí donde el islam ha sido reducido a fanatismo, violencia y terrorismo, agrava la vulnerabilidad de las europeas musulmanas, víctimas de la mayor parte de las agresiones islamofóbicas (90% en Países Bajos, 81% en Francia, 57% en Inglaterra, 21% en España) y víctimas también del propio feminismo laico islamofóbico que las abandona a su suerte.

Pero esta “racialización” del otro musulmán, minoritario y vulnerable, no sólo instala en el cuerpo del otro esa diferencia negativa inasimilable sino que configura un “cuerpo colectivo”: una comunidad. Los europeos cristianos no constituyen ninguna comunidad

y, desde luego, no se habla de ellos en esos términos. Los musulmanes sí. Esta construcción de una “comunidad” imaginaria, contra la que no deja de alertar el filósofo y arabista Olivier Roy, es quizás la obra más peligrosa de la islamofobia, pues acelera el proceso de construcción de un “enemigo interno” que, vinculando de manera fraudulenta la crisis de los refugiados y los atentados del Estado Islámico (cometidos en Europa, no lo olvidemos, por europeos radicalizados en nuestras cárceles), legitima un “sentido común” islamofóbico, promueve medidas securitarias dirigidas, de manera encubierta o no, contra la “comunidad musulmana” y facilita el crecimiento de los partidos xenófobos y de ultraderecha, empujando así a las minorías musulmanas -para cerrar el bucle- a refugiarse en su “comunidad”. Este exceso visible de cuerpo -individual y colectivo- se traduce en la inquietante percepción que se tiene en Europa del “número” de musulmanes: en España, por ejemplo, mientras que la cifra real es del 2%, nosotros “vemos” y “reconocemos” a nuestro alrededor hasta un 16%.

En este contexto, conviene advertir también contra dos posiciones que, desde la izquierda, asumen una de las dos variantes enfrentadas del pensamiento “políticamente correcto”. Está, por un lado, la islamofobia de izquierdas que, en nombre del laicismo y el feminismo, coopera en la construcción de un “enemigo interno” al que nuestros “valores universales” no deberían hacer ninguna concesión. Ahora bien, el laicismo no es una cuestión social ni una doctrina ni una identidad; es un simple presupuesto jurídico de los Estados democráticos modernos. Consiste básicamente en establecer y defender dos garantías indisociables: la garantía de que todos los ciudadanos van a poder desarrollar libremente su culto religioso, cualquiera que éste sea, y la garantía de que ninguna comunidad (ningún credo religioso, pero tampoco ningún lobby) va a controlar el Estado. Cuando se utiliza el laicismo para perseguir y criminalizar un determinado credo, en este caso el islam, el laicismo deja de ser laico y pasa a ser tan “religioso” como el wahabismo en Arabia Saudí o el chiismo duodecimano en Irán.

En cuanto al feminismo, hay que insistir en el hecho, ya mencionado, de que las víctimas preferidas de la islamofobia europea son las mujeres musulmanas. Mientras la izquierda feminista discute sobre el velo, las mujeres veladas, también europeas o en cualquier caso humanas, abandonadas a su suerte y hasta señaladas por el feminismo continental, sufren discriminación, rechazo y violencia. Al mismo tiempo, conviene llamar la atención de nuevo sobre la voluntad criminalizadora subyacente a la arbitraria relación islam/vestimenta, que deja poco margen a las prácticas resemantizadoras, y sobre la necesidad de defender, como valor laico y de izquierdas, la libertad indumentaria. Sin olvidar las luchas feministas que, dentro del islam mismo, tratan de combatir el patriarcado mediante desplazamientos de la hegemonía cultural interna, luchas autóctonas que evitan el riesgo de confundir la liberación feminista con la prolongación del yugo colonial.

Junto a esta expresión islamofóbica del pensamiento “políticamente correcto” está también, no menos peligrosa, la que podríamos llamar “islamofílica” o “buenista”: la que, en nombre del pensamiento decolonial, el relativismo cultural y la lucha contra el eurocentrismo acaba incurriendo, paradójicamente, en los mismos esquemas abstractos que el racismo y la islamofobia: trata las diferencias como homogeneidades positivas, negando la pluralidad y responsabilidad de las víctimas del colonialismo. En primer lugar, el fenómeno de la islamofobia no se puede abordar partiendo de la afirmación, políticamente correcta, de que todas las creencias son buenas por igual y de que son los

seres humanos los que son malvados. No es así. Hay creencias y doctrinas a las que no podemos hacer ninguna concesión y que son condenables en sí mismas, con independencia de la maldad moral de sus partidarios e incluso en un mundo vacío de seres humanos. Pensemos, por ejemplo, en el nazismo, una ideología que predica la superioridad racial y justifica o reclama el exterminio de las razas «inferiores». Ni todas las creencias son legítimas ni todas las prácticas culturales son igualmente respetables. El racismo o el machismo pueden ser defendidos por personas que se creen buenas y que se comportan de manera solidaria y hasta generosa con sus iguales, pero ese comportamiento micromoral ni mejora el mundo ni hace respetables las ideas de las que se nutre. Precisamente porque tienen su genealogía material, pero inducen conductas concretas, la batalla no debe darse sólo contra los «malvados» sino también, en el plano teórico e ideológico, contra sus ideas.

Pero en segundo lugar hay que tener mucho cuidado con la tentación «miserabilista», frecuente en medios de izquierda, según la cual el yihadismo, por ejemplo, sería la respuesta natural, automática, inevitable, a las prácticas y los discursos neocoloniales o imperialistas, de manera que incluso el terrorismo -en este sentido, si no en sentido literal- sería responsabilidad también de los «occidentales». Mucho me temo que los yihadistas que luchan en Siria o en Iraq considerarían esta versión izquierdista tan «occidental» y colonial como las bombas estadounidenses. Estudiar los clichés de la islamofobia exige estudiar asimismo las respuestas sobre el terreno, tanto en los barrios periféricos de las metrópolis europeas como en los países de la región, y aceptar la pluralidad de respuestas como decisiones responsables de los actores implicados. Hacer responsable al imperialismo de todas las respuestas contra él -condenando a los musulmanes al terrorismo como se condena a una piedra a caer cuando se la lanza al aire- convierte a los sujetos en objetos inertes no menos que los clichés orientalistas o islamofóbicos. Abordar la recepción sobre el terreno de los tópicos occidentales que construyen al otro musulmán presupone aceptar la variedad y libre responsabilidad de las respuestas. Hay muchas formas no-especulares de metabolizar los clichés y responder a ellos desde la propia cultura y, en este sentido, casi más cierta que nuestra afirmación de hace un momento sobre la relación entre creencias e individuos, lo es la contraria: que casi todas las creencias contienen algo negativo y que son más bien las prácticas de los seres humanos las que a veces las convierten en útiles, buenas, emancipatorias, etcétera. En el mundo árabe y musulmán hay muchas maneras de «recibir» y metabolizar la islamofobia «occidental»: entre el colaboracionismo y el terrorismo encontramos decenas de respuestas individuales y colectivas que no podemos ni ignorar ni despreciar como automatismos irresponsables frente a la agresión. Conviene tener siempre presente esta afirmación tajante del filósofo y arabista Olivier Roy, aplicable no sólo a los musulmanes de Francia: «no hay 'comunidad musulmana' en Francia!».



## LA ULTRADERECHA EUROPEA: EL OTRO ROSTRO DE LA ANTIGLOBALIZACIÓN

Xavier Casals<sup>1</sup>

¿Hasta qué punto está presente el populismo en el actual Parlamento Europeo? Es difícil valorarlo, pero anida en el conjunto del espectro político, aunque su ámbito más visible es el de la extrema derecha, aquí analizado. No obstante, antes de continuar la exposición, se impone una mínima aproximación a este concepto, objeto de definiciones y valoraciones muy distintas.

### Un concepto discutible y discutido

El populismo, simplificando, denuncia una distancia entre gobernantes y gobernados, los de “arriba” y los de “abajo”: la existencia de unas élites oligárquicas que se han apoderado de la soberanía popular y nacional y la emplean en la defensa de sus propios intereses, constituyendo una “casta” alejada de los verdaderos intereses de los ciudadanos. Para acabar con su poder, las opciones populistas exhortan al “pueblo sano” a movilizarse y recuperar sus derechos, siendo el anti-elitismo el rasgo definitorio de su mensaje.<sup>2</sup>

Este discurso, con tonos más o menos radicales y demagógicos ha cobrado centralidad creciente en la última década en Europa y más allá, como testimonian experiencias tan diferentes como el “chavismo” venezolano o el Tea Party estadounidense. La crisis económica ha favorecido esta dinámica, en la medida que entes como el Fondo Monetario Internacional (FMI) o el Banco Central Europeo (BCE) han tomado decisiones que muchos ciudadanos han percibido como contrarias a sus intereses y favorables a oligarquías lejanas o locales. Sin embargo, sería un error ligar el ascenso de dinámicas populistas a la crisis económica, pues estas últimas suelen ser resultado de múltiples factores, siendo decisivos los locales.

### Tres precisiones sobre el populismo

Para abarcar las múltiples realidades que pueden incluirse bajo el nebuloso rótulo de populismo, desde nuestra perspectiva es importante efectuar tres precisiones.

---

<sup>1</sup> Autor de *El pueblo contra el parlamento. El nuevo populismo en España (1989-2013)*, Pasado & presente, 2013. (xaviercasals.wordpress.com).

<sup>2</sup> Véase F. Panizza (comp.), Introducción, en *El populismo como espejo de la democracia*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2009 [1ª ed. 2005], p. 13.

En primer lugar, debe subrayarse que no existe un consenso sobre este concepto entre los estudiosos, ya que no designa una ideología concreta, sino *una forma de movilización política maleable y que puede adoptar cualquier sector ideológico*. Su emergencia constituye una reacción a la pérdida de credibilidad que experimentan los sistemas representativos. Por esta razón, las formaciones populistas se dirigen al ciudadano anónimo (el “hombre de la calle”, la “buena gente” o “el pueblo” genérico) y lo movilizan contra élites que supuestamente se han adueñado de su soberanía o sus derechos. Los discursos de este tipo revisten una gran ambigüedad, en la medida que, como advierte el politólogo Marco Tarchi, los líderes que los emiten pretenden «refundar la democracia, no destruirla, pretensión que a veces desemboca en un riesgo de hiperdemocratismo, es decir, en una idealización de la disponibilidad del hombre de la calle como ciudadano activo» y, como tal, dispuesto a soportar los costes de su afán de «reapropiarse del ejercicio del poder».<sup>3</sup>

En segundo lugar, *no hay unanimidad en relación a su pretendido carácter “positivo” o “negativo” en relación al funcionamiento de la democracia, aunque los pronunciamientos desfavorables son más extendidos*. El polifacético académico Ralf Dahrendorf, por ejemplo, afirma que el populismo estimula voluntariamente la pérdida de protagonismo de los parlamentos y su debilidad. Como consecuencia de este hecho, la hiperdemocracia que los populistas preconizan se construiría, paradójicamente, sobre la desvalorización de la democracia. De hecho, Dahrendorf estima que el referéndum se habría devaluado al estar hoy «destinado a ser utilizado como un test de popularidad para los políticos y los gobiernos, porque está concebido expresamente para dejar al margen a las instituciones intermedias».<sup>4</sup> Aun así, otros estudiosos ofrecen visiones diferentes y el pensador Ernesto Laclau consideró que el populismo tenía una naturaleza democrática y que debía ser rescatado de su posición marginal en el discurso de las ciencias sociales, extrayéndole su estigma de antidemocrático. «Cuando las masas populares que habían estado excluidas se incorporan a la arena política aparecen formas de liderazgo que no son ortodoxas desde el punto de vista liberal democrático, como el populismo. Pero el populismo, lejos de ser un obstáculo, garantiza la democracia, evitando que esta se convierta en mera administración», manifestó Laclau.<sup>5</sup>

En tercer lugar, *no puede homologarse el populismo de extrema derecha con el de otros ámbitos políticos, en la medida que su mensaje aún anti-elitismo y xenofobia*. El politólogo y filósofo Pierre-André Taguieff alude a él como “nacional-populismo”. Sus formaciones y líderes, señala, se dirigen al pueblo con un llamamiento centrado en su dimensión “nacional”, partiendo de la premisa de que el pueblo es “homogéneo” (la división de clases sociales no tiene relevancia) y «se confunde con la nación unida, dotada de una unidad sustancial y de una identidad permanente». De esta forma, aquello que diferencia a los partidos nacional-populistas del resto es que el objeto de su denuncia y crítica prioritaria no son tanto “los de arriba” (las élites), como “los de enfrente” (los extranjeros): «Más exactamente, las élites son rechazadas en la medida que son percibidas como “el partido del extranjero”», subordinando así el anti-elitismo

---

<sup>3</sup> M. Tarchi, *L'Italia populista. Dal qualunquismo ai girotondi*, Il Mulino, Bolonia, 2003, p. 32.

<sup>4</sup> R. Dahrendorf, entrevista de Antonio Polito, *Después de la democracia*, Crítica, Barcelona, 2002, p. 91.

<sup>5</sup> E. Laclau, «El populismo garantiza la democracia», <http://www.lanacion.com.ar>, 10 de julio de 2005.

a la xenofobia, destaca Taguieff. Este populismo integrado al nacionalismo proyecta la figura de un enemigo nuevo: la del extranjero-invasor.<sup>6</sup>

Este discurso constituye, en esencia, el eje argumental de la nueva ultraderecha o nueva derecha radical populista, que en Europa reúne formaciones de carácter muy diverso y que en su mayoría se desvinculan del fascismo y neofascismo.

### **La normalización de la derecha populista**

El nacional-populismo, por otra parte, conforma un movimiento antiglobalización que no se define ni reconoce como tal, pese a su éxito en las urnas. Lo afirmamos en la medida que sus partidos hacen bandera de la defensa de la “identidad nacional” y de la protesta contra el establishment, a la vez que plasman un repliegue comunitario. Sus líderes se oponen tanto a flujos migratorios como a deslocalizaciones industriales; denuncian la pérdida de soberanía nacional en beneficio de organismos supraestatales – notablemente, la UE– y manifiestan defender una identidad que presuntamente peligra por la presencia de etnias o culturas foráneas. En esta última vertiente, destaca su islamofobia creciente: un rechazo al Islam, al ser percibido como una religión de conquista e identificado en bloque con sus sectores más extremistas, sin distinguir tendencias en su seno.

Si observamos la presencia de este espectro el actual Parlamento Europeo a la luz de las pasadas elecciones, constatamos que numerosos partidos de ultraderecha han obtenido buenos resultados. No obstante, ello no debe confundirse con un avance generalizado de este sector ideológico en Europa, ni tampoco la reciente creación de un grupo parlamentario propio configura un hito en su evolución, como han tendido a presentar numerosos medios de comunicación.

De este modo, queremos subrayar que *los comicios del pasado mayo rebatieron un tópico muy extendido: la asociación del ascenso de la extrema derecha a la agudización de los efectos de la crisis económica de manera mecánica*. Lo ilustra el hecho de que solo uno de los países rescatados, Grecia, ha mostrado un ascenso llamativo de un partido de este signo, Amanecer Dorado (AD), con un 9.3% de los sufragios. Esta cifra es importante y modesta a la vez, ante los devastadores efectos de la crisis en este país. Sin embargo, ni España, ni Portugal, ni Irlanda ni Chipre han asistido a la emergencia de fuerzas de este signo, y en este último país el partido hermanado con AD, el Frente Nacional Popular (ELAM), solo ha cosechado un 2.6% de los votos. En cambio, los mejores resultados de este espectro los han cosechado formaciones de los países “ricos”, como el Partido de la Independencia del Reino Unido (UKIP) (26.7%); el Partido Popular de Dinamarca (DF) (26.6%); el Frente Nacional (FN) francés (24.8%); o el partido de la Libertad de Austria (FPÖ) (19.7%). Por consiguiente, los estereotipos no solo no ofrecen explicaciones de los cambios de este segmento político, sino que también se hallan en contradicción con la realidad.<sup>7</sup>

Por otra parte, *la formación de un grupo parlamentario de este signo en Estrasburgo –llamado Europa de la Libertad y de la Democracia Directa– no es una novedad, pese al*

---

<sup>6</sup> P. A. Taguieff, *L'illusion populiste*, Berg International, París, 2002, pp. 132.

<sup>7</sup> Es interesante al respecto C. Mudde, «The Far Right and the European Elections», *Current History*, V. 113, 761, 2014, pp. 98-103. Disponible en [http://works.bepress.com/cas\\_mudde/75](http://works.bepress.com/cas_mudde/75)

*ruido mediático que acompañó su gestación, debido a la pugna desatada por su liderazgo entre la francesa Marine Le Pen (FN) y el británico Nigel Farage (UKIP), saldada con la victoria del último.* Es importante recordar al respecto que en 1984 la extrema derecha ya formó un primer grupo, el Grupo Técnico de Derechas Europeas, más conocido como Grupo de Derechas Europeas o GDE. Lo lideró Jean-Marie Le Pen (padre de Marine), que en los comicios europeos de ese año hizo su desembarco estelar en la política francesa al obtener 10 escaños. Reunió representantes galos, italianos, helenos y del Ulster. No obstante, los resultados de las elecciones europeas de 1989 alteraron su composición. Los eurodiputados alemanes de los Republicanos (Die Rep) chocaron con los italianos por el contencioso histórico sobre Tirol del sur. Entonces Le Pen eligió a los germanos como socios, en detrimento de los italianos, pero sufrieron una crisis interna que los dividió y acabó hundiendo al GDE.

Asimismo, tras proyectarse diferentes diseños de alianzas europeas sin resultados (como Euronat), en el 2007 se articuló un nuevo grupo de este espectro en Estrasburgo: Identidad, Tradición y Soberanía (ITS). ITS unió a una veintena de parlamentarios al ingresar aquel año en el hemicycle ultraderechistas búlgaros y rumanos que se sumaron –entre otros diputados– a la italiana Alessandra Mussolini (nieta del *Duce*). Pero la agrupación solo duró de enero a noviembre y acabó con estrépito. Ello se debió a que la *nietísima* criticó a los rumanos a raíz de un crimen cometido en Italia, ya que afirmó que para ellos “romper la ley” se había convertido en “un modo de vida”. Entonces los cinco eurodiputados de esta nacionalidad abandonaron ITS, que fue inviable al perder escaños.<sup>8</sup> Así pues, en el 2014 la extrema derecha simplemente ha recuperado el grupo parlamentario que dejó de tener en 1994 e intentó recomponer sin fortuna en el 2007.

En realidad, lo que realmente han demostrado los últimos comicios europeos es que la extrema derecha ya forma parte del paisaje político europeo y es capaz de ser la primera fuerza en países como Francia, Gran Bretaña o Dinamarca, al margen de que formaciones de este ámbito ya hayan participado previamente en coaliciones de gobierno o brindado su apoyo parlamentario a ejecutivos. A la vez, la dificultad de unir los esfuerzos de sus rótulos más importantes en Estrasburgo para conformar un único gran grupo ha mostrado las debilidades inherentes a todo intento de conformar lo que podríamos designar como una “internacional de ultranacionalistas”, dados los numerosos elementos de fricción que existen entre sus partidos.<sup>9</sup> Además, esta dispersión indica que difícilmente podrán obstaculizar decisiones de la Eurocámara.

Desde nuestra perspectiva, pues, el ascenso de los nacional-populismos en las últimas elecciones del europarlamento no es un fenómeno novedoso en la medida que se ha producido de forma ininterrumpida –aunque con altibajos– desde que en los comicios de 1984 el FN francés cosechó casi un 10.9% de los sufragios y está vinculado sobre todo al desgaste de los partidos tradicionales y sistemas políticos. En suma, los buenos resultados de diversas fuerzas de este ámbito “normalizan” su presencia en la escena política.

---

<sup>8</sup> «La extrema derecha se queda sin grupo en la Eurocámara», *El País*, 15 de noviembre de 2007.

<sup>9</sup> Sobre las dificultades de la extrema derecha para formar un grupo propio en Estrasburgo y sus tensiones, véase X. Casals, *Ultrapatricotas. Extrema derecha y nacionalismo de la guerra fría a la era de la globalización*, Crítica, Barcelona, 2003, pp. 139-156.



### **¿El futuro es *ciberpopulista*? Podemos y el M5S**

La globalización, además, impulsa el populismo. Por una parte, los cambios que ha comportado «han excavado un surco entre vencedores y perdedores», generando entre los últimos una situación psicológica «impregnada de resentimiento, desilusión y chasco sobre la cual los partidos populistas capitalizan sus éxitos, capeando y fomentando la protesta contra las clases políticas responsables de la situación», advierte Tarchi.<sup>10</sup> A la vez, ganan centralidad las actitudes críticas ante la integración en Europa y ante la inmigración.

Por otra parte, la globalización ha tenido una incidencia decisiva al generar la “aldea global” comunicativa que apuntó en los años sesenta el filósofo canadiense Marshall McLuhan. Ahora las redes sociales generan una comunicación inmediata y conforman una “plaza electrónica” que se define por la participación de sus miembros sin jerarquías. Internet permite así proyectar en el mundo virtual la utopía populista por excelencia: construir la “plaza” que reúne el pueblo sin jerarquías y donde todo el mundo participa en función de su afán e interés y abre las puertas a una “democracia electrónica” que puede ser tan imperfecta como la real.<sup>11</sup>

Las experiencias del Movimiento 5 estrellas (M5S) en Italia (con un 21.1% de los votos y 17 escaños) y de Podemos en España (con un 7.9% de los votos y 5 escaños) son sus indicadores más vistosos, más allá de sus obvias diferencias ideológicas, escenificadas en Estrasburgo: mientras Podemos se ha integrado en el Grupo Confederal de la Izquierda Unitaria Europea/Izquierda Verde Nórdica, el M5S lo ha hecho en el que lidera Nigel Farage antes citado, la Europa de la Libertad y de la Democracia Directa. Actualmente, pues, asistimos a la eclosión de una oleada populista cuyas dinámicas son tan nuevas como desconocidas.

---

<sup>10</sup> M. Tarchi, 2003, p. 70.

<sup>11</sup> Véase J. Sánchez, La democracia electrónica, UOC, Barcelona, 2005.





## ACTITUDES HACIA LA INMIGRACIÓN EN EUROPA Y ESPAÑA

**M<sup>a</sup> Ángeles Cea D'Ancona**

La ponencia comienza por el auge de los 'populismos' de extrema derecha en Europa, espejo del aumento del rechazo a la inmigración y a determinadas minorías étnicas y religiosas en el conjunto de la Unión Europea. Un aumento al que ya apuntara el último eurobarómetro específico de actitudes ante la inmigración y las minorías étnicas, de 2003 (*Eurobarómetro 59: Attitudes towards minority groups in the European Union*), aunque menos la más reciente *Encuesta Social Europea* (ESE), 7<sup>a</sup> edición, de 2014. Como esta última incluyó el mismo módulo de preguntas sobre inmigración que la 1<sup>a</sup> edición (2002-2003), permite comparar la evolución de las actitudes en los 21 países que participan en la encuesta. Su principal resultado resalta la estabilidad, más que el cambio, de las actitudes hacia la inmigración. Tanto en 2002 como en 2014 eran similares los países con posiciones más positivas (Suecia, Dinamarca y Finlandia), negativas (la República Checa, Hungría y Portugal) e intermedias (Alemania, Países Bajos y España). También Francia y Reino Unido tuvieron resultados similares, y relativamente negativos, en ambas encuestas.

La estabilidad de los indicadores de xenofobia presentes en ambas encuestas se explica por factores contradictorios: el efecto negativo de la entrada de migrantes en la mayor competencia (empleo, vivienda) *versus* el positivo atribuido al contacto con los migrantes y sus hijos. A ello se suma la actitud diferencial en función del migrante: más negativas hacia los musulmanes, mientras las expresas hacia otros tipos de grupos de inmigrantes se tornan más positivas.

Como la ESE es previa a la crisis de los refugiados, la visión sinóptica de Europa se completa con una encuesta más reciente (*European attitudes toward asylum seekers*, de Kirk Bansak, Jens Hainmuller & Dominik Hangartner (2016), realizada en 15 países europeos (en 2015-16) en plena crisis de los refugiados. De sus hallazgos resaltan: 1) el mayor rechazo hacia los refugiados musulmanes (sobre todo entre las personas de derechas); 2) el predominio del prejuicio socioeconómico; 3) la relevancia del factor humanitario; 4) la mayor receptividad de los españoles hacia los solicitantes de asilo, seguidos de los italianos (y en claro contraste con los húngaros y británicos).

Después se profundiza en el caso español, en la evolución de las actitudes hacia la inmigración desde 1993 hasta 2015 (últimos datos disponibles), a partir de los datos

recabados por las encuestas ‘cara a cara’ efectuadas por el CIS (Centro de Investigaciones Sociológicas) a escala nacional, y desde 2007 encargadas y diseñadas por OBERAXE (Observatorio Español del Racismo y la Xenofobia). Encuestas que muestran evoluciones negativas más relevantes en los años de presión migratoria que de crisis económica. En 2012 se aprecia el inicio de un cambio de tendencia, que se consolida en 2014 y 2015. Se describe el perfil sociodemográfico del reactivo a la inmigración para, a continuación, exponer los diferentes “determinantes” o factores que más inciden en la aceptación *versus* rechazo al inmigrante en dimensiones clave que atañen a: la política migratoria, el mercado laboral, la calidad y el acceso a los servicios públicos y las prestaciones sociales, y la defensa de la identidad nacional-cultural-religiosa.

En el ascenso de la *xenofobia* afecta el número de inmigrantes (real, y sobre todo el percibido), al igual que su distintividad étnica, cultural y conductual, el contexto económico, las noticias que acaparan la atención de los medios de comunicación, el endurecimiento de los discursos políticos, y el fracaso integración de los inmigrantes. A su análisis desglosado sigue el análisis estadístico conjunto, tanto enfocado a conocer las variables que más discriminan la tolerancia o apertura a la inmigración de su rechazo (análisis discriminante), como el correspondiente a la extracción de un modelo explicativo del rechazo a la inmigración (mediante ecuaciones estructurales multigrupo), con los datos correspondientes a las encuestas de 2008, 2010 y 2012.

El modelo estadístico se complementa con modelos explicativos extraídos de las indagaciones cualitativas correspondientes a los proyectos MEXEES (SEJ2005-00568 y CSO2009-07295), sobre “Medición de la xenofobia en España”, y MEDIM (CSO2012-36127 y CSO2016-75946-R), “Medición de la discriminación múltiple”. De ellos se destacan, además, los cambios de los nodos discursivos ante la inmigración antes, durante y al término de la crisis económica, y su convergencia con lo registrado en otros países europeos dentro del proyecto *Living Together* (JLS/FRC/036/2007).

La presentación concluye con una serie de reflexiones finales sobre los determinantes de las actitudes hacia la inmigración en la vertiente negativa, pero también positiva.



# ACTITUDES HACIA LA INMIGRACIÓN EXTRANJERA EN EUSKADI

**José Antonio Oleaga**

La intervención en este seminario tiene dos partes bien diferenciadas: 1) en primer lugar dedicaremos un espacio para reflexionar sobre la medición de las actitudes en la metodología de la investigación social, abordada desde una perspectiva social; 2) seguidamente, ofreceremos algunos datos de los obtenidos en el Barómetro Ikuspegi 2017 de Percepciones y actitudes hacia la población de origen extranjero, que recientemente presentamos a finales de septiembre.

## **Medición de actitudes**

Un primer elemento para la reflexión es qué se entiende por actitudes en la investigación social, muchas veces con connotaciones diferentes a las que se tienen en cuenta en el imaginario colectivo. Realmente, las actitudes, como objeto de investigación social científica, es una de las cuestiones más delicadas, complejas y, en ocasiones, controvertidas. Muchas veces, en aras de la simplicidad, confundidos y solapamos "percepciones", "opiniones", "manifestaciones", "posturas"... con actitudes y no reconocemos su complejidad. Especialmente relevante es la distinción de sus tres componentes, el cognitivo, el afectivo y el comportamental, cuando abordamos cuestiones como, por ejemplo, la creación de redes antirumor para combatir los falsos estereotipos (que no estrictamente rumores) hacia la inmigración extranjera.

Un segundo elemento cuando hablamos de la medición de las actitudes, de sus cambios y de sus tendencias, es la reflexión sobre si las encuestas miden realmente actitudes o sólo llegan a pulsar los "estados de ánimo" o "estados de opinión" sobre una cuestión en particular, la inmigración en nuestro caso. Ofreceremos datos un tanto desconcertantes.

En tercer lugar, abordaremos cómo hemos transitado de un primer momento de relevantes volúmenes de inmigración asociado a un momento de la economía expansivo (período 2000-2008), pasando por la crisis (período 2009-2013) y superando la crisis y llegando a un nuevo período de mejora de los datos macroeconómicos (período 2014-2017). Y todo ello sin grandes tensiones entre poblaciones autóctonas e inmigrantes, al menos en nuestro entorno más cercano, el estado español y Euskadi. ¿Qué pasa con el "gap" entre lo manifestado y nuestro comportamiento cotidiano?

Una última reflexión se refiere a qué estamos midiendo exactamente con nuestras encuestas: actitudes ante la inmigración extranjera o actitudes ante colectivos de personas que coquetean con la pobreza (económica, cultural, social).

### **Algunos datos del Barómetro Ikuspegi 2017**

Esta segunda parte de la intervención la dedicaremos a presentar algunos datos del Barómetro Ikuspegi 2017 (el documento de avance de resultados que recoge la presentación de este Barómetro 2017 en septiembre está disponible en nuestra página web. Para finales de año, probablemente, estará también disponible el informe completo).

Lo más destacable de nuestros datos es que no hay grandes cambios en las actitudes de la sociedad vasca, con respecto a los últimos años y que mantenemos niveles de tolerancia similares a los últimos años de recuperación de nuestra tolerancia ante la inmigración extranjera, en consonancia con los indicadores de confianza macroeconómicos.

Desde el año 2014 vemos cómo vamos recuperando cierta confianza perdida en el período de la crisis, aunque no hubiéramos llegado "a mayores".

La sociedad vasca sigue presentando un perfil claramente ambivalente, en el que los colectivos de personas más reacias rondan el 16% de la población.

Hablaremos también de los perfiles de personas menos tolerantes (de las variables asociadas a posturas y/o actitudes menos abiertas y tolerantes) producto de los datos de este barómetro pero también de la reflexión basada en otros estudios cualitativos realizados en los últimos años en múltiples municipios vascos.

Finalmente, plantearemos algunas cuestiones derivadas de estos estudios y que se relacionan directamente con recomendaciones y reflexiones orientadas a la acción política y comunitaria.